

EL BOLETIN

AÑO XXV

OCTUBRE

DICIEMBRE

1960

NUM. 4

SUMARIO:

IN MEMORIAM

Por el Dr. Herminio L. Perez.

DESDE AFRICA

DOMINGO MARRERO

Por el Lic. William Fred Santiago.

NOTAS BIOGRAFICAS DEL

RDO. DOMINGO MARRERO

Por el Rdo. J. N. Cintron

DOMINGO MARRERO: EL PENSADOR

Por el Prof. Jose A. Cardona

DOMINGO MARRERO NAVARRO:

SU FILIACION FILOSOFICA

Por el Dr. Angel M. Mergal.

Palabras del Rector Jaime Benitez a la Clase de Humanidades de la Facultad de Estudios Generales de la Universidad de Puerto Rico.

DOMINGO MARRERO: EL PENSADOR

Por el Prof. Jose A. Cardona

Hace algunas semanas que el pensador puertorriqueño nos dejó. En algunas ocasiones, adivinando su partida, trabajó hasta tarde en la noche para dejarnos el fruto de sus investigaciones y de la reflexión seria. Vivir no es pasar de los ochenta años. Es dar fruto. Vivir es agonía que produce. Una vida puede ser completa a los treinta años, o los cincuenta y uno, si ella es intensa. Dolorosa; sí. No se alumbró sin desgarramientos de tejidos. Aunque haya una sonrisa a flor de labios, interiormente puede haber gritos de desesperación. Domingo Marrero sabía que en el aquí y ahora, hic et nunc, se brega como en espejo, en obscuridad, casi a ciegas. Cuando el salto al plano superior donde se hace acto de presencia a lo que se ve cara a cara. La muerte lo definió.

Las circunstancias y las situaciones en que vivió y se desarrolló nuestro compañero quizá fueron los escollos para que no llegara a ser un filósofo que produjera un sistema para bregar con la totalidad de la experiencia. Hombres, condiciones, salud, apreturas económicas fueron algunos de los obstáculos que aparecieron en su camino. No obstante, hoy por hoy, fue el más creador de los eruditos evangélicos de nuestra isla y quien sabe si de la América Latina. Con él la reflexión, el juicio profundo, la brega con la verdad, tomaron una sorprendente relevancia en nuestro mundo del pensamiento cristiano.

Cerca de seis años antes de su muerte, el Rev. Marrero se sometió a una peligrosísima operación. Se le acercó uno de sus estudiantes para preguntarle si él tenía temor. La contestación que dió el Rev. Marrero a su interpelante fué una cátedra teológica de la fe, no de la fe como sistema, sino de la fe que traspasa los momentos. Dijo el profesor y ministro de Dios: Mira, yo soy un hombre de fe, de esa fe que sostiene al ser humano cuando los otros recursos le fallan.

El pensamiento de Domingo Marrero fue profundamente teológico. Tanto en su cátedra como en sus sermones él se preocupaba porque sus oyentes entendieran la supremacía del Dios de la experiencia sobre el Dios del intelecto. Le gustaba poner frente a frente al Dios hebreo y al Dios griego. El concepto aristotélico de Dios como la causa que todo lo mueve sin que nada lo mueva -Akineetos panta kinoon-, no es el Dios que se relaciona con el ser. Tampoco satisface a la vida religiosa aquello de que Dios es el ser donde todos los irreconciliables se reconcilian. Esos resultados de la especulación no constituyen al Dios de los cristianos. Cuando el profesor escuchaba a un intelectual religioso exponiendo las razones para probar la existencia de Dios, movía su cabeza en gesto de desaprobación. El argumento ontológico de Anselmo, continuado por Descartes y Samuel Clarke, que consiste en proponer que el hombre tiene la idea de un ser absoluto, y que la existencia es un atributo de perfección, lo que hace concluir que existe un ser perfecto, carece de validez como ya anteriormente lo había apuntado Kant. La misma suerte corría, para el pensador nuestro, los argumentos cosmológico, teológicos,

moral y etnológico. Estas prubeas racionales tienen su tendón de Aquiles: son vulnerables. En uno de sus escritos nos dice:

Los absolutos de la cultura griega aprisionaron de nuevo la vida que surgía. Y se volvió a definir....a Dios por medio de una serie de categorías absolutas: ominipotencia, omnisciencia, infinitud, que quedan, por un lado, fuera del sentido personal. De Dios en la cultura hebrea, y por el otro, fuera del sentido dinámico que pugna por expresarse desde el renacimiento.

Las Sagradas Escrituras, especialmente en el Antiguo Testamento, Dios se da en la experiencia diaria del hebreo. El intelecto, más que fuente, es instrumento de clasificación, porque Dios se aprehende en la dimensión de lo personal. Ahora predomina el encuentro de dos voluntades-la de Dios y la del hombre-ya sea en tensión o en polaridad. Llegado el momento de analizar a Dios como dato de experiencia, el Rev. Marrero se iba a los profetas hebreos, especialmente a Jeremías, el cual era su favorito. Por eso, apuntaba que el profeta era una persona que tenía los pies sobre la tierra mientras que con sus dedos pulsaba la voluntad de Dios.

Pasemos a los conceptos antropológicos El Hombre, con letra mayúscula, el arquetipo del mundo platónico de las ideas, el que es resumen de todos los hombres, no es su interés primordial. ¿Por qué? Sencillamente porque el hombre que conocemos, que nos preocupa, con el cual coexistimos, es de carne y hueso. El que sufre. El que ama. El que llora. De modo que en vez de la antropología platónica, el Rev. Marrero prefiere a Max Scheller, y sobre todo a Don Miguel de Unamuno. Del Sentimiento Trágico de la Vida le gustaba a nuestro pensador citar al sabio de España para sostener al hombre existencial. ¡Que gratas les eran las palabras de Terencio! *Homosum, nihil humani a me alienum puto. Hombre soy, a nadie considero extraño a mí.* Decía que frente a una dialéctica lógica teníamos que colocar una dialéctica vital que, a través de la vida del hombre, en su historia, en su arte, en su literatura, en su cultura toda, nos pueda precisar la más auténtica realidad humana.

La consecuencia de este planteamiento antropológico es que el humano se hace en el diario vivir. Actos pequeños y actos grandes, actos generosos y actos egoístas, tarea que no se realiza, el detalle monos conciente o la actividad más estruendosa, todo esto, dentro de un devenir, va formándonos, para luego ser definidos como persona por la muerte. No obstante, hay puntos muy sobresalientes que seleccionó el Rev. Marrero como puntales en el devenir de la personalidad.

La libertad es un *sine qua non* en el desarrollo del ser humano. La libertad era su anhelo. Era el tema obligado en su conversación. Le gustaba dialogar con el extraño que negaba la libertad. No para doblegarse. Marrero no se sometía. El plato de las lentejas en una compraventa de conciencia le asqueaba. La esclavitud del intelecto, del alma y aun de la tierra no cabía en su espíritu batallador. Ahora, no se entiende mal. El punto pivotal en su pensamiento era que el hombre no puede exigir del otro hombre cosa alguna sino se ha libertado de sí mismo. "La primera batalla de la libertad no se gana frente a los demás hombres. La primera y más radical libertad se asegura frente a las

demandas egoístas del animal que hay en nosotros.”³ Conócete y examínate a tí mismo primero. De modo que el destino del humano, y como consecuencia el de los pueblos, ha de realizarse en un marco de libertad que no puede venir de afuera. Nuestro compañero vivió y se nutrió de ese sentido de libertad. No es la violencia lo que la caracteriza.

La preocupación del mundo filosófico contemporáneo gira alrededor del significado último de las cosas. Aquello de una realidad última - en lo físico, lo metafísico, lo moral- se supedita a lo que da sentido a la existencia. La verdad como resultado de una lógica perfecta o del proceso intelectual no es lo mismo que la verdad libertadora. De suerte, que esa verdad que no liberta no es la preocupación del hombre. La verdad libertadora, que crea y produce una vida de significado la presenta el Evangelio: “Si vosotros permaneciéseis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os libertará.” Verdad que no se vive, porque carece el individuo de fuerzas para vivirla, estéril, cosa de museo, de sistema cadavérico. El espíritu del hombre y la libertad son inseparables para el adecuado entendimiento de la verdad que significa la realización del ser en un constante devenir.

En una reunión con profesores universitarios interesados en los problemas teológicos, alguien quiso establecer la necesidad que tiene el mundo de evidencia clara y precisa sobre la racionalidad de la vida cristiana. Recuerdo cuando el Rev. Marrero, muy afablemente dijo en aquella ocasión: “No estamos aquí para resolver un problema de geometría, de álgebra, estamos aquí para examinar el contenido de la fe, de la tuya y de la mía.” Luego presentó a Dios como el *mysterium tremendum*. Entonces recordé lo que él había escrito una vez, que el hombre sabe más de las cosas que sí mismo.

Quizá lo que más resaltó en su vida de pensador fue su método, su manera muy especial de bregar con ideas, con sistemas filosóficos, con problemas teológicos. Es aquí dónde, a mi juicio, se presentó su espíritu creador. No podemos decir que seguirá los pasos de Brightman, filósofo a quien conoció personalmente, o de Ortega y Gasset, o de Pablo Sartre, o Heidegger, o Marcel. Tampoco fue un teólogo que pudiera clasificarse como seguidor de Barth, Brunner, Tillich o Bultmann. Sí, a todos fué con mente inquisidora, con espíritu reflexivo, a conversar sobre cuestiones religiosas. Cuando terminaba la lectura de un libro, el libro estaba lleno, plagado de notas, pero no para aceptar todo lo que el autor afirmaba. “No estoy de acuerdo, no previó esta situación, por qué no así”, eran algunas de sus críticas a lo leído. Su espíritu no podía aceptar que un filósofo predicara la libertad y luego se embalconara cuando la patria lo reclamaba. La idea era vida y así la estudiaba.

Cuando examinaba un sistema de pensamiento, iba separando las partes constitutivas de aquél, comparando unas cosas con otras, relacionándolas con principios en desacuerdo con los del sistema investigado. Así, con un cuadro frente a él, establecía sus propias conclusiones.

Este libro sería un excelente texto para un cursillo sobre el comunismo. Las palabras y frases comunistas se han definido para facilitar la lectura. Una buena bibliografía al final del libro aumenta su valor como guía de estudio. Puesto que el marxismo ha pasado por varias etapas (Leninismo, Stalinismo, Krushchev-ismo) es importante que entendamos cómo era el pensamiento original de Marx que dió impulso al poderoso movimiento comunista moderno. El libro apela primeramente al intelecto, pero luego a la conciencia - estimula al lector no solamente a continuar el estudio del comunismo, sino a una acción directa sobre los problemas planteados por el marxismo en el mundo actual. En un aspecto el lector se siente un poco en desacuerdo con el énfasis del libro. Dr. Fulton enfatiza el carácter de la teología cristiana y especialmente del estudio bíblico de los tiempos contemporáneos con la juventud de Marx como la razón principal por el alejamiento de éste de las filas cristianas; "fallacious theorizing by certain philosopher-theologians". Pero probablemente era la condición de la sociedad y la posición asumida por la iglesia en terrenos sociales, políticos y económicos lo que le impulsó a Marx a declarar a la religión un "opio del pueblo". Del mismo modo, el punto débil de la Iglesia Cristiana moderna está más en su orientación económica y social que en lo más específicamente "teológico".

Este libro resulta tan revelador del pensamiento original de Marx, que podemos anticipar que el otro libro que ha de publicarse en el próximo año sobre Adam Smith ha de ser también de gran valor como una interpretación de esta otra figura que tanta influencia ha ejercido sobre la vida de los hombres modernos occidentales.

Tomás J. Liggett

DOMINGO MARRERO: EL PENSADOR

Viene de la Página 11

Madurado y diestro en las faenas del pensamiento, contempló el sistema filosófico existencialista, como el más aceptable para colocar al hombre, aunque no a la manera de los existencialistas ateos. Su formación evangélica, su labor como ministro del Evangelio, su pasión por las ideas, su interés por la enseñanza significativa, le condujeron a la pasión por el hombre, por lo que nos sucede en el diario vivir. Las palabras que con más gozo pronunciaba eran coexistir, dolor, angustia, crisis, amor, fe. Quizá por eso me dijo un día, cuando le propuse que trabajara menos y descansara más, que la vida no era longevidad a expensas de la muerte del pensamiento, por agrandar el descanso del músculo. Yo soy hombre en tanto en cuanto me doy a la lucha".

Podríamos dar la impresión que el Rev. Marrero no fijaba valor a los dogmas, a los ritos y a la liturgia. Siguiendo el pensamiento de Henri Bergson, él sostenía que la religión vive entre dos fuerzas que tiran de ella - una conservadora y la otra dinámica. A la primera corres-

ponde la religión estática, y a la segunda la religión dinámica. La religión dinámica abre nuevas rutas, gana nuevos valores, asegura nuevas intuiciones. La religión estática conserva los valores aclarados en pasadas conquistas espirituales. De suerte que experiencia y dogma son elementos esenciales en todo quehacer religioso.

Termino esta brevísima presentación como humilde tributo al compañero que al partir nos ha señalado una ruta hacia mayores logros para la gloria de Dios y para el bienestar de los hombres.

DOMINGO MARRERO NAVARRO

Viene de la Página 12

Yo proseguí estudios en psicología clínica, entusiasmado más por el existencialismo de Karl Jaspers que por el experimentalismo de Skinner o las nuevas tendencias psicológicas de Harry Stack Sullivan, a lo cual dedicaba mi atención preferente. Seguía preparando, a la vez, una tesis para optar al grado de Doctor en Sagrada Teología, bajo el título de Miguel de Unamúno, un Filósofo de la fe Cristiana. La filiación kirkegardiana de este interés en Unamúno es manifiesta.

Domingo ingresó luego en el seminario como profesor de literatura bíblica, lo cual le llevó a proseguir más tarde estudios teológicos en el Seminario Drew, de New Jersey. Desde allí se trasladaba, con regularidad, al Union Seminary, donde trabó intimidad con el pensamiento existencialista de Paul Tillich. Cuando regresó, ofreció cursos monográficos sobre Kierkegaard en la Universidad de Puerto Rico y en el propio Seminario. Las páginas postreras de su libro El Centauro, donde establece comparaciones esporádicas entre Ortega y Unamúno, revelan como Kirkegaard y el pensamiento de Paul Tillich se impusieron finalmente sobre el predominio que Ortega ejerció en Marrero por tantos años. Esta fue la última etapa en el desarrollo filosófico de este gran pensador y maestro puertorriqueño.

Conocidísima es la máxima pedagógica de Montaigne: "No es la cabeza bien repleta sino la cabeza bien formada" lo que más cuenta en la educación. La cabeza de Domingo estaba bien repleta y mejor formada. En toda mi experiencia de estudiante y de maestro, he conocido pocas personas de más esclarecido talento filosófico como el profesor e íntimo hermano Domingo Marrero. A través de estas tres etapas: la bergsoniana, la ortegiana y la kirkegardiana, Marrero ejerció de manera brillante, consciente y amorosa, la misión auténtica de la escolaridad: elaborar su propia verdad en el proceso de apropiarse las verdades ajenas.
